

De las balas a las pinceladas y melodías

Una cantata por la paz, los murales, una jornada deportiva y otras actividades que congregan a la comunidad son las que me encuentro al llegar a Toribio, un Toribio diferente al que me vio crecer.

En la cancha del parque principal decenas de personas miran el partido de fútbol que organiza el cabildo indígena, yo en medio de ellas.

- ¡¿Cuándo se veía que los policías estuvieran aquí?! – escucho decir a la persona que está a mi lado.

En ese momento recordé que cuando era niña sólo veía policías en la estación y dentro de sus trincheras, con el fusil atravesado. Hoy estaban a pocos metros, en medio de la gente con sus uniformes azul turquí y rayas verdes al costado, esperando su turno de juego, probablemente contra los mismos excombatientes de las Farc sin saberlo.

Todo lo que veo a mi alrededor me remonta al pasado, el parque que hoy ocupan personas de todo el municipio, era hace unos años un temido lugar en el que no era frecuente ver familias y niños. No puedo evitar evocar momentos de mi infancia cuando jugaba en el parque con mi mascota y de repente corría a esconderme debajo de las bancas, tras escuchar disparos provenientes de las montañas que rodean el pueblo.

El pitazo final hace que los jugadores se dispersen, buscando donde poderse sentar, llega Edgar Pazu, un artista nasa que conocí cuando cursaba el bachillerato. Se sentó a mi lado y mientras descansa, toma en su mano una bolsa de agua que termina en menos de un minuto.



Hablamos de la guerra, de las balas y de aquellas cosas que nos tocó vivir hace unos años. Edgar hizo parte de la Minga Muralista de los Pueblos en 2013, en la que muchos artistas a nivel nacional e internacional participaron pintando las paredes que un día fueron testigo de la guerra, resguardando la vida de los habitantes que la padecieron.

La Minga Muralista de los Pueblos del 2013 fue una iniciativa que coordinó el Centro de educación, capacitación e investigación para el desarrollo integral de la comunidad (CECIDIC), con el fin de mostrar a través del arte, la cosmovisión nasa, la fuerza de los pueblos indígenas y la resistencia de la población de Toribío.

- Se trataba de que la gente valorara más la pintura y la imagen como formas de comunicar y transmitir ideas, pensamientos, luchas... - señala Edgar.

Aquel día, mientras me dirigía al trabajo de mi madre, llamó mi atención los diferentes acentos e idiomas de aquellos personas reunidos en el parque. Para el evento se convocaron artistas de diferentes localidades: Popayán, Cali, Bogotá; países como México, Ecuador, Argentina, Italia, Polonia, Noruega, entre otros.

No debo negar que las gráficas hechas en las paredes eran demasiado bonitas y llamativas, había rostros gigantescos, con sus rasgos bien definidos. Una cara de una indígena bien detalla, cubría toda la fachada de la casa de Orlado Fajardo.

Al mismo tiempo los pincelazos de todos los muralistas llenaban de color cada rincón toribiano. Muchos no sabíamos cómo podríamos aportar sin tener un mínimo conocimiento sobre ello. Sin embargo, como es costumbre, todo lo nuestro es colectivo y la pinta de murales no era la excepción, por lo cual se crearon espacios como los murales colectivos: el artista hacía un boceto, y trazaba la imagen para que la comunidad lo pintara y finalmente el muralista le daba los retoques sin quitar lo que la gente había hecho.



Los toribianos en aquella minga plasmábamos en la paredes el imaginario de municipio que siempre hemos querido tener. “Toribío no es como lo pintan, es como nosotros lo pintamos, pero lo pintamos cuando lo conocemos”, aquel lema reflejaba la experiencia que estábamos viviendo con los murales.

- Los medios masivos decían que todo era conflicto armado, muchas veces la gente de afuera no ha venido a conocer y no sabe realmente que es estar en Toribio, entonces se hacen una idea que otros pintan. – menciona Edgar en nuestra charla.

El animador del evento deportivo indica a través de su micrófono el marcador del último partido. Edgar y yo, inmersos en nuestras memorias, olvidamos el espacio que nos llevó a encontrarnos. En aquel entonces no sabía la carga política y social que tenía el hecho de tomar un pincel en mi mano y tapar con colores aquellas huellas que dejó la guerra.

No solo era poner ‘el pueblo bonito’, sino entender que estos espacios estaban contribuyendo a sanar las heridas que nos dejaron las balas, el olor a pólvora, los gritos de las personas llorando y el aturdimiento de las bombas.

Aun pensando en esto, se me acerca una joven y me entrega un volante.

“Invitamos a toda la comunidad a asistir al concierto ‘Cantata por la paz’, mañana a las once de la mañana en la parroquia San Juan Bautista”

Al día siguiente, la curiosidad no se hizo esperar y pasadas las once, llego a la iglesia a escuchar el famoso concierto.

“Mi sangre ha derramado el precio de la guerra” – escucho en la voz soprano del Coro de Cámara de Popayán, aquel día en Toribio por motivo de la gira de conciertos en el Cauca. A mi alrededor, los asistentes dejaban ver sus rostros anonadados, pues un concierto de música clásica en el pueblo más atacado por la guerrilla, era un evento que hace una década no era posible tan sólo imaginar.



En mi mano izquierda tengo el volante que había recibido el día anterior. Me percató que en la parte atrás se explica en qué consiste el proyecto. 'Cantata por la paz' es una serie de conciertos de música clásica que narra a través de sus letras, las reivindicaciones de los pueblos que por muchos años padecieron los horrores del conflicto armado. Compuesto por el Coro y la Orquesta de Cámara de Popayán, el grupo de artistas viaja hacia los cuatro puntos cardinales del Cauca: Silvia, Santander de Quilichao, Toribío, El Bordo, El Tambo, Popayán; con el fin de transmitir por medio de las melodías que entona una reflexión acerca de la paz, la reconciliación y el perdón.

El dulce sonido de un violín me lleva a pensar cómo en mi pueblo se han realizado actividades que unen de nuevo a la comunidad, que permiten encontrarnos en un mismo espacio con un solo deseo: la paz, la superación y el olvido. La minga muralista, el partido de fútbol entre distintos sectores del pasado conflicto, y el evento que presencié en aquel momento, no son más que espacios donde los sobrevivientes de la guerra hacemos procesos de superación, sanación y perdón que nos permiten dejar el pasado atrás con dignidad y mirar hacia un futuro de esperanza.